



## Capítulo 3

MARGARITA GUERRA MARTINIÈRE / RAFAEL SÁNCHEZ-CONCHA BARRIOS  
Editores

# HOMENAJE A JOSÉ ANTONIO DEL BUSTO DUTHURBURU

TOMO I



FONDO  
EDITORIAL

PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL PERÚ

*Homenaje a José Antonio del Busto Duthurburu*

Margarita Guerra Martinière, Rafael Sánchez-Concha Barrios, editores

© Margarita Guerra Martinière, Rafael Sánchez-Concha Barrios, editores

De esta edición:

© Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, 2012

Av. Universitaria 1801, Lima 32 - Perú

Teléfono: (51 1) 626-2650

Fax: (51 1) 626-2913

[feditor@pucp.edu.pe](mailto:feditor@pucp.edu.pe)

[www.pucp.edu.pe/publicaciones](http://www.pucp.edu.pe/publicaciones)

Cuidado de la edición, diseño de cubierta y diagramación de interiores:

Fondo Editorial PUCP

Primera edición, abril de 2012

Tiraje: 1000 ejemplares

Prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio, total o parcialmente,  
sin permiso expreso de los editores

ISBN: 978-9972-42-991-0

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú N° 2012-03236

Registro de Proyecto Editorial: 31501361101865

Impreso en Tarea Asociación Gráfica Educativa

Pasaje María Auxiliadora 156, Lima 5, Perú

## HOMENAJE A JOSÉ ANTONIO DEL BUSTO DUTHURBURU

*Luz González Umeres*

Agradezco muy de veras a Margarita Guerra Martinière la invitación a participar en este merecido homenaje del Departamento de Humanidades de la Pontificia Universidad Católica del Perú a José Antonio del Busto Duthurburu, un profesor universitario ejemplar para numerosas generaciones de peruanos, y la gentileza añadida de recibir este trabajo mío cuando las fechas de entrega han llegado a su límite.

### **I. En la Plaza Francia: 1962-1963**

Puedo dejar constancia, como lo harán sin duda muchos de los que escriban sus contribuciones a este libro, que los primeros recuerdos de mis años universitarios, situados físicamente en el Centro Histórico de Lima, entre los claustros de la Plaza Francia y el Instituto Riva-Agüero, se asocian en mi imaginación tanto a los nombres de nuestros maestros de la Facultad de Letras de la Pontificia Universidad Católica del Perú, como a las asignaturas dictadas en los años sesenta. Junto a personalidades consagradas entonces por la fama, como es el caso de Víctor Andrés Belaunde, director del Instituto Riva-Agüero, quien dedicaba tiempo a las conferencias para estudiantes recién ingresados a la Universidad; o frente a jóvenes profesores, uno de los cuales era entonces José Antonio del Busto, aprendíamos lo que la Universidad era en su esencia, a la vez que íbamos descubriendo y asimilando los rudimentos del trabajo universitario, cuyos secretos de investigación científica nos revelaba poco a poco.

El deseo de saber de nuestra primera juventud encontraba un referente preciso en los modelos que eran para nosotros nuestros maestros: personas cultas, familiarizadas con los libros, estudiosos de la historia, la literatura, la lengua y la filosofía. La formación universitaria que recibíamos a través de sus clases y de su trato, se iba plasmando también a través del estímulo que significaban para nosotros

sus justas calificaciones, sus consejos y sus exigencias. En el caso del curso de Pre-Seminario en el primer año de Letras, del cual era titular José Antonio del Busto Duthurburu, se incluía la escritura perfecta, la puntuación, la cita exacta a pie de página, las fichas bibliográficas impecables, con ciudad, año de edición de los libros utilizados e imprenta. Con la entrega de monografías nos ejercitábamos temprano escribiendo los prólogos de nuestros condiscípulos: cada uno podía imaginar que esa monografía sería un importante libro en el futuro, y al solicitar el prólogo de la nuestra, se nos pasaba por la mente que el día de mañana estaríamos en la situación de publicar nuestro propio libro.

La redacción de la monografía iba precedida de clases personales del doctor del Busto, quien aún no había publicado su afamado manual sobre la tesis universitaria (1988), pero nos enseñaba a redactar fichas textuales minuciosamente, a colocar en cada una la página exacta, a dejar espacio para los comentarios personales a lápiz, a poner luego el concepto general al lado superior izquierdo, también a lápiz, —porque al concluir el fichaje se podrían clasificar desde diversos puntos de vista— y luego los subtítulos que nos irían acercando ya a la redacción.

Los ejemplos de fichas textuales versaban generalmente sobre Francisco Pizarro. Con erudición y amenidad que le son connaturales, José Antonio del Busto Duthurburu iba hilvanando con gran soltura los sucesos de la llegada de Pizarro a Piura y los episodios de Cajamarca, introduciéndonos en los mundos que él investigaba entonces. Años después supe que lo oído en las clases de pre-seminario era el contenido de varias de las fichas de su renombrado libro sobre el Marqués Gobernador (Busto Duthurburu, 1993).

Mi monografía no versaba sobre historia. Cada alumno podía escoger una obra en el área de las humanidades que más le atrajera. La filosofía me había deslumbrado en los primeros contactos en un seminario de filosofía en el Instituto Riva-Agüero, por eso escogí el Fedón de Platón. Allí desarrollé las virtudes del sabio y las pruebas de la inmortalidad del alma, dejándome huella esos esfuerzos intelectuales primerizos y contribuyendo a afianzar mi decisión de dedicarme en el futuro a la filosofía. Conservo aún las fichas de esos años y he vuelto varias veces a la monografía de entonces para animar a mis alumnos en la Universidad de Piura a adquirir en su primera juventud el rigor que exige la ciencia.

El curso de pre-seminario ha dejado huella imborrable en los universitarios que tuvimos la fortuna de ser alumnos del doctor José Antonio del Busto Duthurburu. Por ello he empezado mis recuerdos en este homenaje suyo con una mención a la enseñanza —que a modo de siembra primera— realizaba en quienes iniciaban su andadura universitaria. Años después he tenido la oportunidad de oírle decir que él sabía cuán importantes son los primeros contactos del alumno con la Universidad. Por ello, siempre que ha sido posible, ha escogido estar entre aquellos que ponían las bases de la formación universitaria de numerosísimos alumnos. Este gesto

y esta actitud de José Antonio del Busto Duthurburu lo muestran como lo que es, un pedagogo nato y un gran maestro.

## II. José Antonio del Busto y Francisco González Gamarra: 1965-1972

Después de la asignatura de pre-seminario no tuve oportunidad de seguir otros cursos con el doctor del Busto. En 1967 salí del Perú para realizar estudios de postgrado y a mi regreso a Lima me encontré en el taller del pintor peruano Francisco González Gamarra, mi padre, un ejemplar del libro de Francisco Pizarro de José Antonio del Busto Duthurburu publicado por la editorial Rialp de Madrid. En él se reproducían imágenes que para mí eran familiares desde la primera infancia, entre otras «La Fundación de Lima», lienzo mural original de González Gamarra<sup>1</sup>.

Dejo al doctor del Busto que relate las circunstancias en las cuales entabló relación con el pintor peruano y cómo lo veía años después de esa entrevista:

Conocí al Maestro Francisco González Gamarra. Vivía en San Isidro. Tenía su casa en la calle República y allí lo fui a visitar. Fue a propósito de sus cuadros dedicados a Francisco Pizarro.

Era el año 1965 y estaba por aparecer en España mi libro sobre el marqués Gobernador. Me pedían ilustraciones y lo primero que pensé, para lograrlas, fue gestionar una cita y acudir al Maestro (Busto Duthurburu, 2002, p. 13).

Hablaron primero del Cusco y «evocó su niñez y juventud. Trató de viejas ruinas incaicas, muchas no conocidas por mí, luego de los conquistadores castellanos, finalmente del Inca Garcilaso. Esta conversación, valgan verdades, bastó para que yo intuyera cómo pensaba Francisco González Gamarra» (2002, p. 16). Después continuaron con la Conquista, refiriéndose a los soldados españoles y su modo de vestir y calzar, y finalmente mencionó a Garcilaso. «Esa tarde me obsequió varias fotografías de cuadros vinculados a Francisco Pizarro: La Fundación del Cusco, La Fundación de Lima, El primer Cabildo Limeño y también Gonzalo Pizarro partiendo del Cusco al descubrimiento del País de la Canela» (2002, p. 16).

Efectivamente, en ese primer encuentro personal con el pintor, José Antonio del Busto Duthurburu supo darse cuenta de la importancia de la figura de Garcilaso Inca de la Vega en la obra artística de González Gamarra. Dice nuestro homenajeado:

El rostro del mestizo historiador fue un enigma que Francisco González Gamarra pudo resolver después de varios lustros. Leyó temprano los Comentarios Reales, pero la lectura completa de la obra no le alcanzó ningún rasgo físico del autor. Nunca decía éste cómo era su figura, tampoco nadie lo había descrito o retratado.

---

<sup>1</sup> El lienzo se encuentra actualmente en la Biblioteca Nacional del Perú.

El rostro, pues, se tenía que inventar. El pintor -según me contó entonces— se dedicó a observar rostros mestizos. Fue, repito, su obsesión de varios años. Hizo muchos esbozos. Ninguno le convenció. Pero poco a poco se fue perfilando el rostro trigueño, aquilino, con los ojos ligeramente oblicuos, pómulos marcados y una frente amplia. El cabello lo hizo negro, algo canoso, el bigote y la barba ligeros. Luego nació la mano diestra, más clara que la faz, con dedos largos que aferraban una pluma tajada, hendida, golosa de tinta y sedienta de historia. El resto fue ya fácil: jubón oscuro, de terciopelo, cuello blanco de lino y un medallón de oro con la efigie del sol. Lo hizo una vez y lo repitió varias hasta que el rostro se tornó verosímil, aceptado, conocido. Nadie osó decir nada. Si el rostro del Inca no era histórico, era todo un acierto artístico y racial. Y desde entonces ese rostro convence, incluso lo lleva su monumento de bronce en Lima (Busto Duthurburu, 2002, pp. 22-23).

A la vuelta de los años y con ocasión del XXX aniversario del fallecimiento del pintor, ocurrido en Lima el 15 de julio de 1972, José Antonio del Busto Duthurburu escribió unas líneas de recuerdo y homenaje a González Gamarra que recojo a continuación:

Francisco González Gamarra fue un pintor cusqueño impregnado de peruanidad, y peruanidad en este caso, es el amor al Perú y a todo lo peruano. Su cantera fue la historia y su inspiración el tiempo, su reconstrucción se basó en la huella arquitectónica y el argumento se lo alcanzó la fuente material, oral o escrita. No son los mestizos los personajes predominantes en su vasta obra, pero el único mestizo que pintó de cerca —Garcilaso Inca de la Vega— fue el más emblemático y significativo. Y es que para González Gamarra, el Perú es un país mestizo: no en vano se origina en lo indio y en lo español. Esta fue la esencia de su concepción peruanista. Presenció la polémica del Indigenismo y el Hispanismo, pero prefirió la línea peruanista, el Perú integral, promisor, creciente y definitivo, intuido desde su juventud en el solar paterno del Cusco; porque el Maestro Francisco González Gamarra nunca pudo olvidar que su casa del Cusco tenía los muros incaicos y los artesonados españoles. Esa fue su casa paterna, allí nació y creció; en su casa intuyó el Perú, en su ciudad natal lo conoció con mayor amplitud y a lo largo de sus muchos viajes por la costa, por la sierra, por la selva, lo amó con afecto que solo los buenos peruanos conocen y viven (Busto Duthurburu, 2002, pp. 23-24).

José Antonio del Busto Duthurburu ha seguido reproduciendo en sus diversos trabajos sobre Pizarro, los lienzos de la fundación de Lima y del Primer Cabildo limeño, acudiendo siempre a solicitar las oportunas licencias de reproducción, al autor o después de su fallecimiento a la sucesión de Francisco González Gamarra, de la cual formo parte con mis hermanos Francisco y David, licencias que otorgamos con complacencia, seguros de la simpatía de nuestro padre por el doctor del Busto y su obra peruanista.

### III. En la Universidad de Piura: 1970-2004

A fines de 1969 me incorporé al claustro de la Universidad de Piura, entonces flamante, y durante estos años he tenido la oportunidad de escuchar a José Antonio del Busto Duthurburu en conferencias o cursos de extensión —en el campus de Piura— dirigidos a los estudiantes y al público interesado en los temas de la historia nuestra. Le he visto generar, asimismo, iniciativas institucionales en la Universidad de Piura, relacionadas con la historia de la primera ciudad fundada por Pizarro en el Perú, como es la recientemente publicada *Historia de Piura*, de la cual ha sido director junto a Jorge Rosales Aguirre, coordinador de la misma (Busto Duthurburu & Rosales Aguirre, 2004). Le he visto reunirse con autoridades académicas, con jóvenes historiadores formados en la Universidad de Piura, abriendo horizontes a todos ellos, animando y entusiasmándoles con las posibilidades de un proyecto de investigación en torno a las raíces de la vida piurana. Este trabajo de largo alcance y años de duración ha dado sus frutos y ha sido reconocido por la municipalidad de Piura con la Medalla de Oro de la ciudad, la cual ha sido otorgada en sesión solemne en el salón de actos Miguel Grau, tanto a José Antonio del Busto como a Jorge Rosales. También el doctor del Busto ha sido un optimista impulsor del Instituto de Investigaciones Humanísticas de la Universidad de Piura, de la cual es presidente desde su fundación. En estas ocasiones siempre he apreciado su talante generoso y magnánimo. Lo trasluce en su conducta, en la conciencia viva que tiene del importante papel del historiador y la historia en la configuración de la conciencia de nación, en el sentido de pertenencia a ella, y no escatima esfuerzos para cultivarlo en todos los peruanos.

Recuerdo bien, cuando en 1992, José Antonio del Busto Duthurburu fue invitado por las autoridades de la Universidad de Piura a pronunciar la lección magistral de apertura del año académico al conmemorarse el Quinto Centenario del Descubrimiento de América, denominado Encuentro de Dos Mundos. Dedicó entonces esa lección a tratar de *El mestizaje en el Perú* (Busto Duthurburu, 1993b). Dejo al doctor del Busto que nos diga cómo Piura fue el lugar en el cual se oyó por primera vez el nombre de nuestra patria: «El tema que aquí se expone es el mestizaje en el Perú. Se trata de un proceso que se inició en el siglo XVI y que aún no termina. De un proceso que, dentro de lo previsible, nadie ni nada puede detener. Además de un proceso irreversible. Conocerlo es una obligación, desconocerlo una irresponsabilidad».

El Perú es un país mestizo por el origen de su nombre y también por ser mestiza la mayor parte de su población. Respecto al nombre del Perú, todo empieza con Pascual de Andagoya, vasco que en la primera mitad de 1523 descubrió definitivamente el buscado señorío del Birú, al sur del panameño golfo de San Miguel. Estando en ese cacicazgo y tratando de identificarlo, sus soldados preguntaron por el nombre del

lugar, obteniendo por respuesta de los indios comarcanos que tal nombre era el Birú, con labial sonora. Los castellanos entendieron que se les decía Pirú, con labial sorda, y por la mezcla y confusión de estos dos fonemas bilabiales, surgió el nombre famoso. Este es el motivo por el que —según hallazgo de Miguel Maticorena Estrada— se hablaba ya del capitán Andagoya y de «su viaje al Perú» en julio de 1532. Fray Bartolomé de las Casas resulta así precursor y preciso cuando escribe:

Y deste nombre birú, la última (sílab) luenga [...] llamaron los españoles después a la tierra del Perú, mutando la letra b en la p letra. El nombre nació gracias a indios y españoles. Tuvo éxito, significó mucho, y terminó desplazando al de Tahuantinsuyo, puesto por los Incas, y al de Nueva Castilla, impuesto por los consejeros de Indias. Y así, de unos indios que pronunciaron mal y de unos españoles que oyeron peor, nació el nombre de mi Patria. Nació del contacto de indios y españoles, por eso es un nombre mestizo (Busto Duthurburu 1993b, pp. 13-14).

Después de tratar del mestizaje racial, el doctor del Busto se refirió al mestizaje cultural. Puntualizó términos y teorías científicas sobre esta cuestión, y luego habló del mestizaje cultural en los siguientes términos. Oigamos sus propias expresiones:

No basta ser mestizo de cuerpo y espíritu. Se trata de serlo, saberlo, sentirlo y quererlo. Ser mestizo es el factor involuntario, saberlo es el factor cognoscitivo, sentirlo es el factor afectivo y quererlo es el factor volitivo. Para que el mestizaje funcione debidamente, se tiene que cumplir con estos cuatro requisitos. Lo importante, como primer paso, sea cual fuere la raza del peruano pensante, es apreciar que ya el Perú es mestizo y que va a ser definitivamente cholo. Enseñar a los hijos esta realidad es cobrar conciencia de lo que somos y vamos a seguir siendo. Lo primero en orden de importancia es saberse peruano, lo segundo es saberse mestizo. No interesa que el peruano sea hijo de extranjeros. Todavía más, por este camino hasta un extranjero puede hacerse mestizo cultural.

Tenemos a este respecto una experiencia mayor. Estando en Tokio con varios muchachos, racialmente nipones pero nacidos y crecidos en el Perú, los hallamos no precisamente contentos. Preguntados impertinentemente por nosotros, por la razón de su incomodidad respondieron con relación a sus parientes del archipiélago, más o menos lo siguiente; no nos acostumbramos a sus usos, tampoco a sus posturas en el suelo, no entendemos el idioma, nos sienten renegados, extrañamos la comida, añoramos el Perú. El motivo era muy claro; no eran mestizos raciales (tenían sus cuatro abuelos japoneses), pero sí eran mestizos culturales, tenían otro modo de ser y de pensar con relación a sus deudos insulares. Eso era, precisamente, el mestizaje cultural, aunque nuestros amigos niseis y nikeis no lo comprendían.

El mestizaje cultural tiene múltiples facetas. No hay que olvidar que somos un país uninacional, pero también pluricultural y multilingüe. Y porque queremos mostrar más de cerca nuestro mestizaje cultural, sin detrimento de lo indio ni de lo

foráneo —por el contrario, desde aquí lo agradecemos— es que pasamos a hablar de la comida, el vestido, la habitación, la música, la danza, la pintura, la literatura, la artesanía y la religión» (Busto Duthurburu, 1993b, p. 24).

El lector puede suponer la viveza de los relatos de nuestro homenajeado refiriendo nuestros usos peruanos a los cientos de asistentes a la ceremonia de apertura del año académico de 1992, al aire libre, con asistencia del claustro pleno de la Universidad de Piura y con numerosísimos graduados de las diversas facultades, sus familiares y amigos. Asimismo, es fácil imaginar los prolongados aplausos que premieron su brillante lección magistral, cuyo texto completo aparece publicado en el N° 38 de la Colección Algarrobo. A continuación, solo voy a citar, a modo de ejemplo, algunos párrafos suyos referidos a la artesanía mestiza. Dice así:

La artesanía peruana es campo riquísimo en la demostración del mestizaje, además de ser la artesanía más lograda del continente. Podría empezarse con las esculturas cusqueñas, de Edilberto Mérida, elocuentes en protesta y tenaces en presentar Crucificados cholos; y con las esbeltas y policromadas figuras de Hilario Mendívil, figuras navideñas de cuellos largos con sus Reyes Magos en caballos, camellos y elefantes cortos o de poca alzada. También resultan cholísimos los retablos ayacuchanos de Joaquín López Antay que exhiben las dos corrientes culturales plasmadas en una sola. Lo mismo puede decirse de esas obras anónimas, nacidas del pueblo, como los Toritos de Pucará, las Iglesias de la Quinoa o los Cachimbos de Huamanga, amén del encuentro de ambos mundos en la representación del Yahuar Fiesta —su nombre lo dice— donde unas veces gana el astado y otras el ave de rapiña. Esto último pertenece a la región de Andahuaylas. Dignos son también de recordarse los mates burilados de Junín las tablas costumbristas de Sarhua, los espejos cajamarquinos y las cruces de Porcón, la cerería multicolor del Cusco y la blanquimorada de Lima, las arpas de Huancavelica y Huancayo así como los charangos de Puno, los arequipeños santos de sillar y la rechoncha cerámica de Chulucanas, los tapices y alfombras de San Pedro de Cajas y los candeleros y candelabros de Ayacucho, la filigrana de plata de este último lugar y la filigrana de oro de Catacaos y Huancayo, la talabartería iqueña, trujillana y chichayana y los cueros pirograbados de Arequipa, las esculturillas marmóreas de Cajamarca y los botijos evolucionados de Simbilá, las piragüillas labradas a cuchillo de Iquitos, las graciosas balsillas de Yurimaguas y las barcas con velamen de totora del Titicaca. En materia de máscaras nos paseamos por Lambayeque, La Libertad, Ancash y el Valle del Mantaro, Ayacucho, Apurímac, Cusco y Puno, destacando en este último punto la gran *máscarade* la Diablada que apunta a un demonio mestizo, no precisamente el *supay*.

Por sombreros volvemos a Cajamarca, Piura y Lambayeque, regiones que ofrecen también los vaporosos ponchos de hilo, por alforjas de tela viajamos a Monsefú, por trabajos de madera y paja a Catacaos, y por tapices bordados a Jauja. Igualmente merecen atención las cruces de hierro ennegrecido del Callejón de Huaylas, las

bolsas de soguilla de Piura y los caballitos de barro morochuco de tierras de Coracora. La talabartería con incrustaciones es ayacuchana y huancayna, los chullos con el nombre tejido del Perú proceden de Juliaca, y los marcos dorados con espejuelos nacen en el Cusco a la sombra de los altares de la iglesia de las clarisas [...] Artesanía como la peruana, cien por ciento mestiza, no es superada en América (Busto Duthurburu, 1993b, pp. 45 y ss.).

#### IV. En el Instituto Riva-Agüero: 2001

Voy a concluir estas líneas de homenaje a José Antonio del Busto Duthurburu con un recuerdo relativamente reciente, acaecido en la sede del Instituto Riva-Agüero en el jirón Camaná, en el mes de diciembre de 2001. En esa vieja casona en la cual durante los primeros años de vida universitaria tantos alumnos de la Pontificia Universidad Católica del Perú descubrimos la esencia de la Universidad y la investigación humanística —este ha sido mi caso— se iba a realizar también uno de tantos sueños juveniles de entonces. El director del Instituto, el doctor José Antonio del Busto, había invitado, con una tarjeta de cartulina muy cuidada, para el día 4 a las 19 horas, a la presentación del libro *La experiencia del tiempo humano. De Bergson a Polo* (Pamplona: Universidad de Navarra. Colección Cuadernos de Anuario Filosófico, Serie Universitaria, 2001). Presidiría el acto el doctor del Busto y comentarían la obra los profesores el doctor José Agustín de la Puente Candamo, la doctora María Luisa Rivara de Tuesta y el doctor Pablo Quintanilla Pérez-Wicht.

Llegados el día y la hora, divisé al entrar —al lado derecho del salón de conferencias del Instituto—, un retrato al óleo de Víctor Andrés Belaunde pintado por mi padre. En la pared del frente, otro óleo con el rostro de Garcilaso Inca de la Vega descrito líneas arriba por José Antonio del Busto, pintado y dedicado por González Gamarra para el Instituto Riva-Agüero, tal como aparece en el ángulo inferior derecho, junto a la firma del artista. Iniciado el acto los comentaristas fueron exponiendo sus puntos de vista y cuando me tocó hacer uso de la palabra, debí explicar cómo había nacido ese libro mío. Tuve muy presentes mis vivencias de los años sesenta en esos viejos claustros limeños, especialmente en el antiguo seminario de filosofía del Instituto, pero también la primera monografía que elaboré en mi vida, durante el curso de pre-seminario, en la Facultad de Letras de la Plaza Francia. Ese trabajo que nos animó a hacer con tanto esmero y pulcritud el doctor del Busto fue para mí como una escuela para introducirme en la investigación científica.

Este 4 de diciembre de 2001 presidía el acto como director del Instituto mi joven profesor de entonces, hoy reconocido y renombrado historiador, con una vasta obra científica en su haber, la cual es un extraordinario aporte para la cultura peruana y para las próximas generaciones. El director de ayer, don Víctor Andrés Belaunde, nos acompañaba también con su silenciosa presencia desde el

retrato pintado por Francisco González Gamarra, viendo cómo los allí presentes significaban la continuidad de la vida universitaria que él impulsó con tanta convicción y sacrificio, en la Lima de los años sesenta.

Muchas gracias, pues, al doctor José Antonio del Busto Duthurburu por su meritoria y ejemplar docencia universitaria y por su trabajo científico en servicio del Perú a lo largo de estos años, y la más cordial felicitación por el merecido homenaje que le rinde la Pontificia Universidad Católica del Perú.

## **Bibliografía**

Busto Duthurburu, José Antonio del (1966). *La tesis universitaria*. Lima: Studium.

Busto Duthurburu, José Antonio del (1993a). *Francisco Pizarro: el Marqués gobernador*. Lima: Brasa.

Busto Duthurburu, José Antonio del (1993b). *El mestizaje en el Perú*. Colección Algarrobo, 38. Piura: Universidad de Piura.

Busto Duthurburu, José Antonio del (2002). *Semblanzas y recuerdos de Francisco González Gamarra*. Colección Algarrobo, 47. Piura: Universidad de Piura.

Busto Duthurburu, José Antonio del (dir.) & Jorge Rosales Aguirre (coord.) (2004). *Historia de Piura*. Piura: Instituto de Investigaciones Humanísticas, Departamento de Humanidades, Universidad de Piura.